

Dale Carnegie en el noroeste

El método narrativo de Antonio Pereira lo definen tanto el deliciosamente anacrónico decálogo del relato que abre esta antología como un *Cuento en la Escuela de Letras*, donde se propone como modelo creativo a Dale Carnegie. No bromeo: del estilo pereiriano, tan influyente en la vena más conservadora de los cuentistas españoles, se deduce un programa de cómo ganar amigos (léase lectores) e influir sobre los filólogos. Relájese. Adopte un tono afable, tierno. Ejercer esa forma de humildad que es la omniscencia limitada. Use giros populares para ganar en amenidad y los desvíos poéticos para lograr profundidad de campo. Cultive la impresión de que la aparente sencillez de su prosa oculta bonitos misterios. No incomode con cultismos al lector de a pie, pero conquiste al profesor con discretos dejes borgianos ("Hubo una impaciencia de metales en la plaza" página 205). Dé a entender que domina lo lírico (*Poeta en el Sheraton*) y el retrato de situaciones (*El vuelo*), y que no le tiembla el pulso ante la tensión (*Aquella revolución*); si usa el monólogo interior (*El ingeniero Balboa*) hágalo limpio y claro, como una declaración amorosa. Entre provincianismo y cosmopolitismo, declare: "El mundo no es ancho ni ajeno", y juegue a mediador. No olvide la divisa de todo escritor de culto: hay que ser bueno, sí, pero no demasiado.

Estas nueve modalidades le han procurado a Pereira la amistad de cierta crítica. Juan Carlos Mestre se refería al autor como "la mano del ángel que ha abierto la cancilla en la jaula de nuestra etopeya", ¿Qué querrá decir eso? Pues que los buenos amigos saben ver complejidades allí donde uno ha sabido ser sencillo. Nada que objetar, en cambio, al considerarlo precursor del microrrelato: la inclusión de *Picassos en el desván* en la reciente antología de Joséluís González, *Dos veces cuento*, era imprescindible. La paradoja de Pereira es la misma que la de Carnegie: con todo su vetusto talento, lo suyo es lo contrario a una obra maestra, porque la simpatía es lo único que no se puede enseñar.

Eloy Fernández Porta